

OPINIONES.

¿Porqué no un nuevo melodrama?

Por: Paul Abram Director Honorario del Conservatorio Nacional de Arte Dramático.

(Traducción especial de Gabriela Roepke).

Considerando la incesante evolución de la literatura dramática, no se puede dejar de constatar que de todas las obras del espíritu, ningunas envejecen tan rápidamente como las piezas de teatro. De un medio siglo al otro, el desecho de la producción teatral es impresionante. La razón principal parece ser que si bien los autores son influenciados por su época, no resisten, sin embargo, al deseo de agradar a su público de antaño dándole en el gusto. Esto es un peligro ya que nada hay más receptivo ni sensible que ese grupo numeroso de espectadores que llenan una sala. Lo que ayer los seducía les parece anticuado hoy y mañana les será totalmente extraño, ya que la moda no solo se expresa mediante la manera de vestirse, pero también según el modo de sentir y de decir. Sólo las obras maestras escapan a este destino de olvido progresivo, ya que su marca esencial reside en la parte de humanidad eterna que contiene. Al respecto, Henry Bataille escribía: "Una obra podrá subsistir en el futuro sólo a causa de la verdad que contenga". Pero, exceptuando las obras de arte, hay que pensar en las palabras de Sarcey sobre que "la verdad dramática no es la realidad"; de modo que lo verdadero en el teatro es aquello que el público cree y cuando se tiene la habilidad suficiente para persuadir a una sala que aquello que se le muestra es verdad, lo es en efecto. Poco importa que esta verdad esté o nó conforme al objeto que representa, basta que por un momento, sea tomada por el.

El melodrama ha sido ciertamente el género

típico que ha exigido este postulado del dramaturgo; o sea el llevar, por medio de la exposición y la preparación sabiamente dosificadas, a un público a admitir como verdadero lo increíble. Todo "melo" ha comenzado con una situación fuera de lo común y continuado con un desarrollo donde lo increíble y los "coups de théâtre" abundaban, contando con la complicidad del espectador, cómplice voluntario o inconsciente del autor. Pero desde el momento en que esta complicidad empezó a debilitarse el éxito del género se vió perdido. Es eso lo que explica la fugacidad del brillo del melo en el firmamento escénico donde lució triunfalmente durante los primeros treinta años del siglo diecinueve. Sobrevivió, a pesar de todo, a duras penas, dos o tres lustros más, para disimularse en seguida bajo el oropel del drama romántico o de las aventuras de capa y espada de los héroes de Alejandro Dumas.

Pero hoy día, he aquí que este viejo melodrama que parecía definitivamente muerto, vuelve a rea parecer, con todos sus viejos trucos, en el escenario para encontrar el mejor de los éxitos. Y la sorpresa, no es mejor cuando esta sorprendente resurrección se le debe al autor más moderno: Françoise Sagan con su obra "El Castillo en Suecia". Los personajes llevan nombres poco habituales: Hugo, Agatha, Sebastian, Ofelia, Eleonora. Viven lejos de las ciudades en un castillo sombrío perdido en medio de las estepas nórdicas e aislado cada invierno por la nieve, que impide durante largos meses todo contacto humano con el exterior. Visten trajes viejos y extraños, de dos siglos atrás. ¿Quiénes son? Una familia bastante extraña. Su jefe, Hugo Falsen, gentilhomme campesino, ha sido casado años atrás con una joven de la mejor sociedad de Estocolmo, no particularmente inteligente, y de la cual se ha cansado bastante pronto, junto con enamorarse de nuevo de una mujer encantadora, con la cual desea casarse. Pero en la familia Falsen nadie se divorcia. Entonces, aprovechando la lejanía de su castillo, Hugo

hace pasar por muerta la primera esposa, quién semisecuestrada en la enorme casa, vaga por los corredores, lo que le vale su sobre nombre de Ofelia. El hermano de Eleonora, la segunda esposa de Hugo, tras una vida disipada también ha venido a vivir con el trío conyugal. A este grupo, se añade Agatha, solterona cuya inocente manía de nobleza y pasado impone el modo original de vivir en el castillo. Y es en este medio ancestral de pensamiento y vestimenta que, llega un primo lejano, moderno y bien parecido. Y lo que debía suceder, sucede: Federico - el recién llegado - se enamora de Eleonora. Un nada podría convertir a Hugo en un marido ferozmente celoso y brutal. Y sobre la cabeza del intruso planea la más sangrienta amenaza de tragedia...

¿No es este acaso el argumento más banal de melodrama, lleno de la más probada convención? Pero - y he ahí lo sorprendente - a pesar de su factura de drama sombrío "El Castillo en Suecia" es una pieza alegre. La peripecia parece burlarse de ella misma rozando el más puro vaudeville, a pesar de lo trágico de ciertos momentos. Lo que parece como si Françoise Sagan en su debut teatral hubiera descubierto un nuevo género dramático: el melodrama cómico. ¿Será esta una nueva escuela? El porvenir nos lo dirá.

-----ooOoo-----